

Mejor dentro que fuera

Los ciudadanos del Reino Unido serán llamados a tomar una decisión acerca de su pertenencia a la Unión Europea. Para dilucidar esta disyuntiva, los electores deberán moverse entre argumentos con fuerte carga emocional – la defensa de la soberanía o el rechazo genérico a la inmigración – o motivos más concretos basados en los intereses económicos y financieros de la sociedad británica.

La derecha euroescéptica ha sembrado de nuevo la semilla del nacionalismo antieuropeo en el Reino Unido, como en otros países de la Unión, alimentada por los resquemores de una crisis cuyos efectos aún perduran y por la propia incapacidad de las instituciones comunes para adoptar decisiones para resolverla.

En las recientes elecciones parlamentarias, los conservadores británicos, de la mano de su líder J. Cameron, se sintieron atemorizados por las consecuencias de ese envite y se comprometieron a convocar el referéndum para evitar la competencia electoral de UKIP. Ahora, Cameron es rehén de su compromiso.

Creo, como el Labour, que ese referéndum es un error. Entiendo que ante el proceso de maduración de la Unión Monetaria, de la que el Reino Unido no forma parte, el gobierno británico – como el resto de países de la UE que no integrados en el Euro – debe proteger sus intereses ante un eventual nuevo estatus. A mi juicio, la protección de esos intereses se realiza mejor desde dentro de la Unión Europea que desde fuera y para eso no es necesario convocar un referéndum.

El compromiso del Primer Ministro es claro. El referéndum se celebrará antes de 2017 y tras un largo (quizás excesivamente largo) periodo de negociaciones con la Comisión y con el Consejo Europeo.

Algunas de las propuestas planteadas requerirían la modificación de los Tratados, tarea harto complicada en la medida en que necesita la unanimidad de los países miembros. No parece que modificar los Tratados esté hoy en la agenda europea.

Otras tienen un componente más técnico y tienen que ver con la posición de la City y las relaciones comerciales en una perspectiva de mayor coordinación de las políticas económicas, fiscales y financieras de una zona euro que ha aprendido que necesita dar nuevos pasos en esa dirección, si quiere ganar musculatura para hacer frente a nuevos episodios de crisis económicas de alcance global.

Es muy probable que en el debate sobre el referéndum los asuntos con mayor proyección ciudadana sean los primeros (soberanía, inmigración), por su carácter más emocional y apasionado, mientras que los segundos queden en un segundo plano, salvo que entre todos consigamos pasar del debate de las emociones al análisis de las ventajas e inconvenientes de cada decisión.

En el terreno emocional, la defensa de la soberanía nacional tiene un gran recorrido. Sobre todo si se alimenta con argumentos épicos y sentimentales. Pero el concepto clásico de soberanía, cuando la influencia de los agentes económicos y financieros supera los estrictos límites de un determinado país, es ya obsoleto. Hablemos de soberanías compartidas y trabajemos para que esos ámbitos de soberanía sean transparentes y existan mecanismos democráticos para su control.

También tiene gran recorrido electoral la preocupación sobre la inmigración y la movilidad de los ciudadanos europeos. El miedo de las gentes humildes por la pérdida de sus derechos ante la llegada de personas que acuden a nuestras ciudades en busca de empleo y sustento es fácilmente manipulable. Este rechazo a garantizar derechos por igual a todos los ciudadanos de la Unión, y a desarrollar una política inteligente y solidaria con relación a la inmigración de países terceros, solo se resuelve con información, reglas claras y, por supuesto, control para evitar cualquier tipo de fraude o abuso. Por cierto, control que se debe ejercer en este ámbito, como también en el mercado de trabajo, en las transacciones financieras o en el cumplimiento de las obligaciones fiscales.

Cameron sabe que debe ganar el referéndum. Para ello ha de ser capaz de presentar resultados positivos para defender el sí. El riesgo que corremos todos, empezando por los propio británicos, es que en esa negociación se utilicen los miedos emocionales como mecanismo de presión para obtener ventajas en el terreno más doméstico.

Todos necesitamos que el sí sea claramente mayoritario y habremos de colaborar en la tarea de convencer a la ciudadanía británica. Sin someter el proyecto europeo, sin embargo, a un chantaje que sería inaceptable.

José Montilla

Presidente de la Fundación Campalans

Ex presidente del Gobierno de Catalunya

05/10/2015